



Revista Quincenal

Historia—Literatura—Leyendas—Tradiciones—Poesía—Noticias, etc. del Alto Aragón

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Huesca, trimestre.... 0'75 pesetas.
Fuera, idem..... 1 :
Número suelto..... 0'15 :
Pago adelantado

DIRECTOR

G. GOTA HERNÁNDEZ

REDACCION

COSO BAJO, NUM. 103. — HUESCA

La correspondencia á la
imprensa de este periódico
á nombre del Administrador

No se devuelven originales

SUMARIO

Crónica, por Felipe —Custodias españolas.—Felipe IV en Huesca, Anónimo.—La Calumnia, por Justiniano —Cuidado... no equivocarse, por Genaro Genovés.—Notas históricas, por Agustín Lacasa Glaria.—La Peña del Morral en Graus, por Ramiro Ros

CRÓNICA

Otra vez, mediante el acuerdo tomado en consejo de ministros, la regia prerogativa ha concedido el indulto de la pena de muerte á un sentenciado por la Audiencia de esta capital, gracia concedida por el cumpleaños del rey D. Alfonso XIII.

En corto periodo de tiempo se han conseguido librar del afrentoso patíbulo á dos seres desgraciados, logrando con esto evitar que la culta y pacífica ciudad oscense presenciara la horripilante y asquerosa forma de la ejecución.

Esta gracia, prueba tambien, que cerca de los poderes públicos existen personalidades influyentes que velan constantemente por todo cuanto pueda redundar en pró de la provincia.

Prueba este aserto, ademas de lo consignado, el empeño que nuevamente sale á la pa-

lestra para llevar á feliz término el colosal proyecto de *El Canal de Tamarite*. Parece que los senadores y diputados, juntos con personas favorecedoras de la comarca alto-aragonesa, creen factible llevar á cabo la definitiva construcción de la obra.

Con este motivo nos parece oportuno recordar á los que tanto se interesan por el *Canal*, la lectura de un *Cuaderno* que dió á luz la Real Compañía del Canal de Tamarite de Litera, el año 1858. En el mismo dice: «Que el Emperador Carlos V. de Alemania, I. de España, al pisar por primera vez las dilatadas y feraces llanuras llamadas La Litera, fué quien inició la idea de construir este canal, conociendo desde el momento los cuantiosos productos que aquellas comarcas rendirian si la escasez de lluvias que padecen fuese subsanada por medio de riegos generales, encauzando al efecto las abundantes aguas de los rios Esera y Cinca.

Este pensamiento se tomó más en consideración en tiempos de Carlos III y de Carlos IV á solicitud de la villa de Tamarite, no llegando sin embargo á formalizarse el proyecto y plan de empresa hasta el año 1830; y en 25 de Abril de 1834 se expidió á la Compañía la Real Cédula y ley de concesión, poco antes de que estallase la contienda dinástica de los siete años.

Las guerras y los disturbios de la nación, la dificultad que había de armonizar los intereses que en tan vasta empresa militaban con pretensiones diversas, y las rivalidades y ambiciones que nacían unas tras otras codiciándola, demoraron sucesivamente el acontecimiento de los trabajos de construcción, llegando á darse en 1850 una Real orden de caducidad de la empresa».

Desde este último año que se cita hasta la fecha, viene agitándose la idea de construir obra tan importante, y ahora parece muy factible dar un avance para su pronta realización.

*
**

Terminaron las romerías que los oscenses celebran en los santuarios que rodean la ciudad. El *burranco de Jara*, estuvo concurridísimo el segundo día de Pascua reinando animación desmesurada sin que, afortunadamente, se registrara un solo acto desagradable.

Muchos pueblos han impetrado, en solemnes rogativas, la gracia de la lluvia para sus casi agostados campos y esta ha descendido en abundancia durante los últimos días, llegando tarde para muchos, no obstante el inmenso beneficio que ha reportado para la mayoría.

*
**

El Ilmo. Sr. Obispo confirió ayer órdenes de Presbíteros de esta Diócesis á los Sres. D. Agustín Tarazona, D. Delfín Soldevila, D. José Lapuerta y D. Laureano Gárate; de la Diócesis de Barbastro á los Sres. D. Miguel Altemir, D. Pascasio Malo, D. Carlos Albás, D. Rafael Puicercús, D. José Romeo y D. Paulino García de la Orden de Benedictinos.

Diáconos: D. José Pellicer Guiu, D. José Ferrer, D. Francisco Sauras y D. Pedro Pérez Banzo.

Subdiáconos: D. Victoriano Tena, D. Francisco Sahún, D. Santos Seua, D. José Jordán y D. Gregorio Lasaosa

*
**

Celebramos mucho la mejoría franca iniciada en nuestros amigos el director de *La Paz* D. Vicente Grau y el director de los Establecimientos benéficos de Huesca D. Vicente Vilas.

Felipe.

CUSTODIAS ESPAÑOLAS.

No poca indiferencia ha habido en España para conservar y clasificar las obras de orfebrería religiosa que tanta importancia tienen en la historia del arte y de la civilización.

Largos años de contiendas interiores, dos invasiones extranjeras, y un calificable abandono, han hecho desaparecer innumerables alhajas, y aunque los tesoros de nuestras catedrales son aun tan considerables que tal vez no tienen rival en Europa, el conjunto de las

joyas eclesiásticas de España ha disminuido considerablemente.

Vamos á dar hoy una breve descripción de las Custodias, sintiendo que la falta de tiempo no nos permita extendernos en más amplias consideraciones.

Llámase «Custodia» el templete donde se coloca el viril ú ostensorio que contiene la Sagrada Forma llevada en procesión el día del Corpus, alhaja puramente española, pues aunque Italia y Francia poseen magníficos ostensorios, allí el sacerdote lo conduce en sus manos ó sobre andas descubiertas adornado de flores.

El origen de nuestras Custodias data de los siglos XV y XVI, á cuya época pertenecen las más notables, las que pueden dividirse en góticas y clásicas ó del renacimiento, subdividiendo á su vez las primeras en un nuevo grupo que comprenderá exclusivamente las de Cataluña y Palma de Mallorca por el carácter de sus ornamentaciones.

Las custodias de estilo plateresco (término que ha variado mucho de significado aplicándose al arte que mezcla el estilo gótico con el del renacimiento) deben incluirse entre las góticas, pues aunque basadas en el gusto clásico, predominan tanto en ellas las combinaciones ojivales, que se hace indispensable un detenido exámen para hallar las diferencias de estilo de sus diversas partes, á excepción de las estatuas, en donde únicamente se revela con claridad el orden flamenco ó sea el del último período gótico empleado en nuestro país.

No deben confundirse en manera alguna las Custodias con sus andas y carros, pues estos accesorios añadidos con objeto de conducir las procesionalmente son muy posteriores, y salvo escasas excepciones, carecen de valor artístico.

También las campanillas pertenecen á época más reciente, y tales apéndices jamás fueron concebidos por nuestros célebres artistas, ni formaron nunca parte de los fragmentos decorativos que ellos trazaron.

Las Custodias góticas más notables conservadas hoy en España, son las de Toledo, Córdoba, Sahagún, la pequeña de Cádiz, Salamanca, Zamora, Toro, Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca.

Las de Toledo y Córdoba son las más importantes y entre ambas es difícil asignar la supremacía. La de Córdoba parece, sin embargo, de trabajo más delicado por ser de plata al natural, mientras que la toledana se hizo sobredorar algún tiempo después de su construcción.

La de Toledo fué mandada labrar en 1517 por el Cardenal Jimenez de Cisneros quien al efecto abrió concurso público.

Entre los proyectos presentados resultaron preferentes los de Copin, Bargoña y Enrique de Arfe, célebre platero alemán, venido á España, y padre de la familia de artistas de este nombre, establecida más tarde en León.

El Cardenal adoptó los planos de Arfe, encomendándole los trabajos cuya duración fué de años, trabajos en los que tomaron parte los artifices españoles Ruiz y Lainez, ocupándose este último de las piezas de oro y pedrería, cuales son el ostensorio y la cruz del remate. Dicha Custodia tiene unos tres metros de altura, planta exagonal, y consta de tres cuerpos, que descansan sobre el hermoso zócalo, hallándose adornada por doscientas sesenta estatuas y gran número de pilares, arcos, crestas, pináculos y contrafuertes, pero de tan exquisita delicadeza que parece imposible formen un peso total de 192 kilogramos.

La de Córdoba fué construida también por Enrique Arfe, con anterioridad á la de Toledo, esto es, en 1513, siendo su disposición y estilo análogos al de esta, salvo pequeñas diferencias, especialmente en la figura central del segundo cuerpo, en el remate, y en algunas estatuillas. El zócalo y pedestal, verdaderamente admirables, son sin duda los más hermosos que ha producido el cincel de Enrique Arfe, y muy superiores á los de la custodia de Toledo.

(Se continuará)

FELIPE IV EN HUESCA

I.

Una noche del año 1642, Huesca presentaba un aspecto extraordinario. Los grupos de sencillos habitantes, que discurrían por las tortuosas calles de la ciudad, se paraban respetuosos á una regular distancia de la soberbia casa de Lastanosa que tenía las apariencias de ser aquella noche el centro de la fiesta. Hachas de cera iluminaban la plateresca fachada y las bordadas colgaduras que la cubrían; el piso de la calle estaba sembrado de juncos y yerbas olorosas: el espacioso patio, tapizado con alfombras, de caprichosos dibujos. Una muchedumbre de pajes, ricamente vestidos, conducía á los convidados hasta las puertas de los magníficos salones, en donde se reunían la nobleza, la hermosura y la riqueza de los contornos, á cumplimentar á Felipe IV, á quien la sublevación de Cataluña, había traído á Aragón.

D Juan de Lastanosa conocía al carácter y los gustos del rey, y quería poner la fiesta que se celebraba en su casa, á la altura de las que con frecuencia se celebraban en el Buen Retiro. Al efecto, toda la nobleza de los pueblos vecinos había sido invitada, y casi todos los nobles habían acudido con sus familias. Felipe IV se encontraba, pues, rodeado de una corte; pero una corte nueva para él.

Los nobles de Aragón conservaban, aún, aquella rigidez de principios, aquella severidad de costumbres, que había caracterizado á sus padres; y sus esposas é hijas, más bellas

quizás que las cortesanas, pero educadas bajo el influjo de estas costumbres, eran fragantes rosas, á quienes afixiaba el ambiente viciado de la corte.

La fiesta era fastuosa, como las que el Rey presenciaba en sus palacios, y tenía, además, cierta seriedad, característica de las fiestas de Aragón.

II.

Era ya avanzada la noche; todavía se oían los acordes de la música acompañando el baile; todavía reinaba la animación con que la fiesta había empezado, y en los jardines, iluminados con faroles de variados colores, se veían bastantes grupos, que en amante conversación recorrían las alamedas.

En el estanque, en una barquilla adornada con flores, se oían los armoniosos ecos de una dulce orquesta; y el laberinto encerraba en sus encrucijadas á varias jóvenes, que aguzaban el ingenio por hallar salida.

Un grupo de hombres graves, sentados en un rústico banco de una calle de árboles, discutían con calor sobre los sucesos de Portugal y Cataluña; y en una espesura, desde donde se oían los armoniosos trinos de los ruiseñores y los rugidos de las aprisionadas fieras, estaba el rey, oculto entre las sombras, acechando á dos elegantes damas, que paseaban por el anden vecino.

Felipe IV era audaz en las empresas amorosas. Los aduladores y su posición le habían hecho atrevido, y su vida era una continua serie de aventuras galantes. Su práctica y su experiencia le habían de proporcionar recursos para despejar aquella situación.

Las damas continuaban paseando y conversando en voz baja; los espesos árboles cubrían allí el suelo de sombra, más que en ningún otro sitio del jardín, cuando salió el rey que estaba oculto: acercóse á ellas, y después de saludarlas cortesmente, continuó haciéndoles preguntas, un pretexto para seguir en su compañía.

Era preciso no perder el tiempo, y el Rey que vestía como un simple caballero y cuyo rostro quedaba oculto entre la sombra, de galantería en galantería llegó á hacer una declaración de amor á una de las damas.

La requerida de amores estaba casada; pero esta circunstancia no hizo más que obstinar en su empeño á un monarca para quien eran más sensibles las derrotas en lides amorosas, que las de la guerra, que arruinaban la nación y mermaba sus estados.

El monarca insistió, suplicó y, cuando todo fué inútil, descubrió en voz baja su categoría y ofreció llevar á la hermosa dama á la corte. Pero apenas fué oída esta proposición por las damas cuando huyeron precipitadamente, dejando caer en su fuga un pañuelo, que el rey recogió con avidez.

Buscaba en sus puntas escudo ó iniciales que le pusieran en camino de continuar su aventura, cuando un caballero aragonés le

exigia, enojado, aquella prenda, de inmenso precio para él. La actitud del caballero era provocadora, su palabra era ofensiva, y el rey, antes que todo, caballero, hubo de aceptar el desafío que aquel extraño le proponía.

No lejos de aquel sitio una pequeña puerta daba paso al campo, y allí, sin testigos y sin escándalo, habían de medir sus armas.

Pero las cosas habían de suceder de diferente modo. Hacia unos momentos que en el jardín se notaba grande agitación. Los caballeros corrían de una á otra parte, y cien bocas pronunciaban el mismo nombre.

La presencia del rey era necesaria, y el eco de su nombre había llegado al sitio donde se encontraba. Era preciso descubrirse, y ya no podía ocultarse de quien le había tomado nada más que por un caballero.

Pocos momentos después el rey, en medio de casi todos los nobles, leía un pliego que contenía funestas noticias de Portugal, y que acababa de ser traído por un mensajero de la corte.

Más tarde, cuando la fiesta había concluido y todos los nobles acudían solícitos y respetuosos á despedirse del rey, que al siguiente día había de partir para Zaragoza, el caballero Monter y su señora no se presentaron.

III.

Han pasado dos años.

El rey á la cabeza de su ejército ha sitiado á Lérida, que se defiende heroicamente. Un grupo de valientes, mandado por un noble aragonés, hace prodigios de valor, que se esterilizan ante las superiores fuerzas de los ejércitos reales. Todos sucumben en la lucha, y el jefe, solo ya, buscaba la muerte entre las lanzas enemigas.

Pocos días después, una joven de la nobleza que lloraba la muerte de su esposo, el caballero Monter, tomaba el velo, en presencia de algunos nobles de Aragón, y se encerraba para siempre en el monasterio de San Juan de Sigüenza.

ANÓNIMO.

La Calumnia

Como he podido palpar de cerca el tema de este artículo, voy á permitirme desarrollar sus principales puntos porque interesa recordar algo á los hombres y á la sociedad.

Decía un jurisconsulto americano, que la calumnia es la falsa imputación que hiele al hombre en lo que tiene de lo más caro y precioso, en el honor y la opinión: hiel que amarga nuestra vida, y para pintarla de una sola pincelada, verdadero asesinato moral, como la ha definido muy bien un orador moderno.

La calumnia es el vicio favorito del malvado, la enfermedad incurable de las almas débiles y el odio de la impotencia.

Es una arma que se halla al alcance de todo el mundo, tan terrible en las manos del necio como en las del hombre de talento. La diferencia consiste únicamente en que este último asesina con un instrumento menos grosero. «Calumnia, dicen los malvados, porque siempre queda algo; si la llaga se cura, queda al menos la cicatriz».

Voltaire, con su carácter incisivo y poco caritativo, y su gusto bien pronunciado por las represalias, dice que para curarla se compres al escorpión sobre la llaga.

Los rusos tienen un proverbio, tomado según creemos de los italianos, por el que comparan la calumnia á un carbon que mancha cuando no quema; y uno de sus mejores poetas modernos, Mr. Krilof, finge en una fábula que se suscita una disputa sobre la preferencia entre algunas familias del infierno, y se la concede al calumniador, haciéndole pasar sobre la serpiente y los animales más nocivos é inmundos.

El temor que ha hecho levantar más altares á las divinidades maléficas que el reconocimiento y el amor á los dioses y bienhechores de la humanidad, había convertido también la calumnia en objeto de un culto muy reverenciado entre los paganos.

Los griegos la llamaban «Diavole», de donde ha venido el nombre de diablo que damos al demonio como el padre de la mentira y de la calumnia.

Los pastores se Isaac, según el Génesis, dieron el nombre de calumnia al pozo que habían abierto en las inmediaciones de Gerara, y que les quitaron á viva fuerza los pastores de Abimelech, rey de aquella región. Así, pues, el pozo de la calumnia es el pozo de la mentira, de la injusticia, de la violencia, del fraude y de la opresión.

Cítase un hecho muy notable del pintor Apeles, á propósito de la calumnia.

Citado á la corte de Tolomeo, rey de Egipto por las falsas deposiciones de un rival, ilustró á aquel príncipe, acerca de las maquinaciones de su enemigo por medio de la más bella alegoría que ha podido crear el pincel del pintor ó la pluma del poeta. Al efecto, pintó un cuadro en que la Credulidad, con las orejas de Medas, ocupa el primer lugar sentada en un trono, y á su lado están la Ignorancia y la Mentira.

La Credulidad tiende la mano á la Calumnia, que se adelanta hacia ella con el rostro encendido. Esta figura principal ocupa el medio del cuadro; con una mano agita una antorcha, y con la otra arrastra á la Inocencia por los cabellos; esta última se halla representada bajo la forma de una hermosa joven que levanta sus manos al cielo, y lo toma por testigo del mal tratamiento que experimenta.

Delante de la Calumnia marcha la Envidia con el rostro lívido, la mirada ambigua, acompañada del Fraude y del Artificio, de cuyo auxilio se vale para ocultar su deformidad. A alguna distancia, se distingue el Arrepentido.

timiento, bajo la figura de una mujer afligida; están desgarrados sus vestidos, toda ella en actitud de desesperación, vuelve sus ojos, bañados de lágrimas hacia la Verdad, que se vé en el fondo, y que avanza lentamente sobre los pasos de la Calumnia.

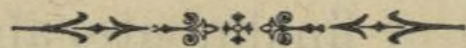
Puede calumniarse de muchas maneras, lo mismo con las palabras que con las acciones ó el silencio. Callarse en ciertas ocasiones es consentir la calumnia, y por consiguiente, ser cómplice de ella.

Pudiera citar muchos ejemplos de los desastrosos efectos con que la calumnia ha afligido siempre á la humanidad; pero los omito, por que son por desgracia demasiado frecuentes en el estado de nuestra civilización moderna.

Concluiremos, pues, estas reflexiones filosóficas con las palabras que dirigió Jesucristo á los acusadores de la mujer adúltera. « Quien de vosotros esté exento de pecado arroje la primera piedra. »

Legalmente considerada, la Calumnia ha sido siempre objeto de las más severas disposiciones en todos los países civilizados, y no sin razón en verdad, porque es uno de los delitos más odiosos, más injustificados y que más exponen á la inocencia á ser el juguete de la maldad y de la perfidia.

JUSTINIANO.



Cuidado..... no equivocarse

Con falsa pronunciación
y blasonando de rico,
en todas partes Perico
asegura que es *barón*.
y observad,
como la alta sociedad
por su trato se desvive;
como ansía
toda elegante hermosura
captarse su simpatía;
ya hay niña que se figura
que vá á tener la ventura
de atrapar la *baronía*.

¡Qué ilusión!
Él busca una rica esposa
por salir de situación
tan penosa....

Porque él debe al sombrerero,
al aguador, al fondista,
al lacayo, al adornista,
al amigo, al..... mundo entero;
y Perico está apurado,
porque al fin puede aclararse,
que aunque es *varón*, no es *barón*....
Cuidado..... no equivocarse.

Juan es Dios de la oratoria;
donde quiera que habla Juan,
las gentes ansiosas van
á darle aplausos y gloria.

Oidle bien:
con la rapidez de un tren
cita fechas, nombres, hechos....

¡Qué elocuencia!
No hay quien de imitarle trate;

subyuga á la concurrencia.

Un párrafo (no es dislate,) parece un escaparate de retórica y de ciencia.

Mas callad;
que hay quien la hecha de erudito y afirma con seriedad,

que Juanito
su fama de orador cobra
recitando entrelazados
sólo periodos tomados
de esta, aquella y la otra obra.....

¿Será cierto, ó es la envidia
que en Juan pretende cebarse?
¿tendrá talento ó memoria?.....
Cuidado... no equivocarse.

—
¡Qué hermosa está siempre Pura!
es de belleza un tesoro;
con sus cabellos de ... oro,
con su arrogante figura.....

¡Qué esbeltez!
¡Y qué sonrosada tez!
¡Y qué pronunciado seno!

Más me río,
porque á una amiga taimada
cuando elogia su atavío
contesta medio turbada:
«Postizo, no llevo nada,
todo es propio, todo es mio.»

Y es verdad:
desde los pies al peinado
todo es de su propiedad.

Ha pagado
las trenzas al peluquero,
el color al perfumista,
las formas á la modista,
la estatura al zapatero.....

Sin ello fuera una momia
que no podría mirarse;
todo, aunque *propio*, no es *propio*
Cuidado ... no equivocarse.

—
El joven y apuesto Gil
casó con doña Simona,
que es una rica *jamona*
que anda arrastrando un *pernil*.

Y es de ver
cómo Gil á su mujer
la jura que la idolatra.

No ha pasado
Gil de ser siempre un perdido;
mas á la vieja ha gustado,
y á Simona ha convencido,
como á muchos, que es marido
que por amor se ha casado.

Si, señor:
él con eso á nadie engaña;
mas que es sincero su amor,
es patraña,

porque en varias ocasiones
Gil demuestra, sin querer,
que casó con su mujer
por amor... á su doblones;
y el amor al vil metal,
por lo que Gil fué á casarse,
aunque es *amor* no es *amor*,
Cuidado.... no equivocarse.

—
El propietario Sarmiento
compra extensas heredades,
dando cortas cantidades
al veinticinco por ciento.

El señor
solo presta por favor
al pobre..... pero ya sobra
de revista.

¿A qué contar lo sabido?
El mundo aparta la vista
por no indagar lo escondido,

y de un comparsa atrevido
se forma un protagonista.

Y es de ver,
como van todos á una
buscando el medio de hacer
su fortuna:

el ladrón se finge probo;
el pretencioso modesto;
el torpe se hace dispuesto,
y el pícaro se hace el bobo. .

Los hombres solo procuran
unos á otros engañarse,
Conque amigos ¡ ojo alerta!
Cuidado.... no equivocarse.

GENARO GENOVÉS

NOTAS HISTÓRICAS

Al Norte de la península Ibérica, entre las agitadas olas del Cantábrico y el famoso Mediterráneo, álzase, como muro inaccesible, cual roca inquebrantable, la frontera de nuestra bélica patria, ostentando orgullosa en su corona de perlas, natural y abrupta cadena de montañas, que los antiguos «helenos» en su poético lenguaje llamaron *Pyr-Eneos*, ó *montes quemados*; que dividen la república francesa de España.

Esa accidentada cordillera que sirve de línea divisoria entre Francia y España, debió surgir providencialmente en los momentos críticos de una grande explosión en la corteza de la tierra, ó en algún cataclismo que todavía se desconoce en las páginas de la historia, pero que el geólogo estudia en las crestas de tan famosas montañas, vé y examina sus legendarios peñascos, contemplando taciturno y pensativo su majestuoso aspecto en las sombrías hondonadas de los valles. Allí es donde se abandona á sí mismo y admira á la Providencia. Evoca los recuerdos de que han sido testigos aquellos encrespados montes: y entonces, remontándose sobre lo natural, llega á formar de aquel lugar solitario, un paraíso de delicias, que reanima y vigoriza su amor patrio. Allí respira un aire puro, que embalsamado por el perfume de agrestes y solitarias flores, forman un delicioso edén, en el que el viajero quisiera eternizar su morada. Esta es la primera impresión del alma contemplativa. Allí el geólogo estudia, el arqueólogo examina, el poeta se inspira, el filósofo profundiza sus juicios y solidifica sus razones, el historiador se entusiasma y el viajero se prenda de tan admirable belleza.

Las vertientes y estribaciones meridionales, gigantes de granito, fértiles y pintorescos valles, que se extienden sucesivamente en un espacio tan prolongado, adornan aquel frondoso lugar.

Todavía parece que resuena en estos valles el eco de la heroica y temeraria voz *independencia*; voz que enfervorizó los corazones más

tibios y de tímidos supo convertirlos en osados; de pacíficos en bravos y desprendidos guerreros, dotes que abriga corazones tan grandes y generosos como los de esta comarca.

Hay en los pirineos españoles, navarros, catalanes y aragoneses. Trataré únicamente de los últimos.

¡Aragón! Bien quisiera dar una etimología de este nombre, pero críticos sin número no la han dado, y si pretendiera darla, será pretender una cosa, para mi imposible; eterno debate y no pocas veces ardiente y nada caritativo, han empeñado los críticos, desde hace siglos, para conseguir que brote un rayo de luz en las densas tinieblas que envuelven el origen histórico del reino aragonés; eterno debate, hay también ahora empeñado, para fijar técnicamente la significación etimológica del nombre «aragón» que tomó el suyo propio del río que lo fertiliza (Aragón)

Si incierto y hasta ahora imposible es dar un desenlace satisfactorio, acerca de la etimología, no lo es menos designar el origen de Aragón, y cual fué el primer rey ó monarca. Algunos historiadores consideran como primero á Iñigo (Arista) que rigió los estados de Aragón y Navarra por los años 840; otros prolongan su reinado hasta el año 850, no faltando quien menciona á Iñigo como segundo rey de Aragón (P. Moret). Garibay lo designa como el sexto, y finalmente, algunos niegan tal reinado. La negativa demuestra desconocer en absoluto el célebre libro titulado *Beceerro* del real monasterio del Salvador de Seire, donde fueron depositados los cadáveres regios, hasta que le sustituyó el famoso y agonizante San Juan de la Peña, cuyo libro dice así: «Esta es la tabla de los reyes cuyos cuerpos yacen sepultados en el monasterio de Leire — Era 705, murió el rey Iñigo Garcés, vulgarmente llamado Arista, y su esposa Gimena. — Después de este reinó su hijo Gimeno Iñiguez, cuya esposa fué Munia, y murió en la era 775. — Reinó después de él, 22 años, Iñigo Gimenez, y murió en la era 850, etc.»

En un excelente estudio crítico del Dr. don Vicente de Lafuente, publicado en la «Revista Hispano Americana» (Tom. V. núms. 20 y 21) tratando sobre los fueros primitivos de Aragón, escribe que «no hubo un verdadero Aragón» hasta el reinado de D. Alfonso I.

El cronista Zurita, después de ver el gran debate, las continuas polémicas entre los historiadores escribió «que si hubo reyes, estos eran generales y reyes indistintamente (sive reges, sive duces indistincte erant).»

No menos graves han sido también para esclarecimiento de la historia de Aragón los incendios que sufrió el monasterio de San Juan de la Peña poco después de su fundación y el otro sobre los años 1494; quemose en el primero el archivo y desaparecieron escritos de suma importancia. Dice Blancas en la carta Loaise «escrituras preciosas había en este sa-

LA PEÑA DEL MORRAL en Graus

grado depósito». A este voraz incendio debe atribuirse la pérdida de los escritos de los hombres que más sobresalieron en Aragón durante el reinado de los godos. Según los testimonios de San Isidoro y de San Ildefonso, en el libro de los «Varones ilustres», sabemos que Máximo, Juan II, San Braulio y Tajón, escribieron varios libros de Aragón, de cuyo reino fueron obispos; siendo lastimosa la pérdida de ellos, en el indicado incendio, excepción hecha de algunos opúsculos de San Braulio y Tajón, que se conservan en archivos extranjeros.

El segundo incendio lo supone Blancas tan general como el primero, pero es inverosímil tal aserción porque habiéndose reconocido jurídicamente dicho monasterio por orden de la Diputación del reino, por hombres versados en letras antiguas, ante el Dr. D. Gregorio Julve, Regente de la Real Cancillería de Aragón, en el año 1675, se hallaron muchos instrumentos públicos, algunos en letra gótica escritos con anterioridad al 1090. Tan solo se concibe la existencia de estos documentos, no siendo general el incendio, ó la diligencia de las monjas, en salvarlos porque es anterior á este incendio la anexión de los archivos de Nabasal, Cercito, Cillas, Fuenfria, Huértalo y otros que consigna el abad Briz Martínez.

El sabio Ticknor afirma que los anales de Aragón constituyen las obras más importantes para la formación de la «Historia de España». Del mismo Zurita, el más concienzudo de los cronistas españoles; lo mismo piensan Jerónimo Blancas, Dormer, el P. Moret, el P. Briz Martínez, el ilustre poeta Argensola, los sapientísimos Flores, y Risco, Braulio, Fonz, Tomas Gimenez, y otros muchos. A pesar de ser tantos los elogios que enaltecen su importancia, hasta mediados del siglo XVI, la historia del reino aragonés estaba limitada á una crónica existente en el real monasterio de San Juan de la Peña, y á la de Fray Gamberto Fabricio de Vagal.

La crónica de Aragón fué impresa por primera vez en 1587 á expensas de la Diputación de Zaragoza, y antes, todavía se dió á la luz una escrita en latin por el famoso Lucio Marineo Siculo, traducida después al castellano por el bachiller Juan de Maluía, publicándola á poco tiempo Juan Jofre en 1523.

Las cortes de Monzón, reunidas en 1548, decretaron que fuese escrita la historia de Aragón; siendo muchos los que en esta ocasión solicitaron el oficio de cronista, para dar cumplimiento á este decreto; eligióse para esto al contador general de las Inquisiciones de Aragón, D. Jerónimo Zurita, revelando su obra dotes preclaros de ingenio y grandes conocimientos, como ha sido verdaderamente reconocido por distinguidos historiadores.

AGUSTÍN LACASA GLARIA.

Biescas.

Alzase á la entrada del extenso y ameno valle de la villa de Graus una enorme roca de la estructura conglomerada llamada *pudinga* ocupando el espacio de 64000 metros cúbicos, y elevándose á 40 metros de altura próximamente, de modo que constituye una invulnerable muralla en forma de acantilado, en cuya frontera que dá N. E. aparece el esbelto templo de la Virgen de la Peña, históricos baluartes defensores ambos de esta villa contra los enemigos de su paz y de su fé.

Nuestros amigos, conocedores de la afición que profesamos á los bellos paisajes, nos encomiaban los mil hermosos panoramas que desde la cima se divisan y hasta se habia hablado de ir una tarde á merendar allí; pero nosotros, codiciosos de lo bello y deseosos de saborear cuanto antes á nuestro gusto contemplación tan grata, tranquilamente, sin molestar ni ser molestados, aparentamos poco interés en subir y cuando menos lo pensaban nuestros amigos liamos los *bártulos de manchar* y nos dirigimos, (pues mi compañero conocia perfectamente el terreno), hacia la gigantesca mole, conviniendo guardar silencio respecto de nuestra anticipación á la proyectada gira.

Nada de particular nos ofreció el tortuoso y escondido camino que elegimos hasta llegar al pié del montículo que sirve de base.

Era aquel un día bastante apacible de los de la benigna primavera. Un vientecillo leve y fresco parecia que de intento hacia pasar ante el sol para mitigar el rigor de sus rayos á las escasas nubecitas que vagaban por el inmenso azul, ligeras y blancas como el flojel del cisne.

—Al comenzar la ascensión sería poco más de las tres de la tarde, hora en que ya está en sombra la parte N. que tiene más facil acceso. Destacábase entonces sombrío el peñón sobre los lejanos montes con su áureo y luminoso contorno, semejante á la misteriosa silueta de un reposado y formidable dromedario.

Durante la primera parte de la caminata no se cruzó entre nosotros ni una sola palabra, atendiendo con interés al sendero que pisábamos, por donde más de una vez teníamos que trepar á gatas y donde el más ligero desliz, podía precipitarnos en las fauces de un profundo y mugidor barranco de impetuosa corriente.

Poco después, por indicación de mi compañero, nos sentábamos junto á un pequeño pero fresco y límpido manantial donde aminorábamos el peso de las provisiones é hicimos bajar casi á cero nuestro *termómetro* de dos livaciones, en tanto que mi amigo me hacia algunas observaciones sobre la rara situación de aquella fuente y la posibilidad de que en lo alto de la peña

existiese subterráneos de algún antiguo castillo rellenos de tierra muy permeable.

—En cuanto á que esto dista de la base un kilómetro como dicen, prosiguió, diré que me parece exageración, aun rectificando el camino que hemos recorrido.

—No debe ser muy cierto ese aserto respondi. Desde aquí, tenemos que alzar la mirada para dirigirla á la cumbre del *Turbon* cuya altura no llega á mil quinientos metros sobre el nivel del mar; no puede llegar, porque la *Maladeta*, mucho mayor, no alcanza ni con mucho la altura de la cumbre más elevada de España que es el pico de Mulhacen en Sierra Nevada, que tiene unos tres mil quinientos cincuenta y seis metros sobre el nivel del mar....

Continuamos hablando y seguimos nuestra ascensión entre mil aromáticas plantas, entre las que abunda el tomillo y el espliego, fuertemente arraigadas y por las hendiduras y muy buenos asideros que facilitan nuestra subida y aminoraban el peligro.

Por fin, con no poca fatiga y tras de mil reprimidos resbalones y tropiezos, llegamos á la ansiada cumbre del pétreo titan, testigo inexcusable y fiel guardador de los secretos de muchas edades; por la parte de los que debió ser grande, hoy destruido muro que con sus tres torres coronó la mole un día, por lo cual, sin duda, llamáronla del *muralt* (*mur-alt* muro alto), actualmente *morral* por corrupción.

¡Qué serie de emociones experimentó entonces mi espíritu! ¡Qué torbellino de confusas ideas invadió mi mente!

Mi entusiasmo hasta la locura era inevitable; tengo esa flaqueza.

Al ver la profunda y vasta desigualdad del terreno bajo mis pies, parecíame crecer sobre mi sólido pedestal hasta convertirme en un Gíges y hasta sentía oscilar el enorme peñasco á mis pasos... ¡consiguiente efecto de un mareo que denunciaba mi pequeñez!

Repuesto luego de las primeras impresiones, me aproximé á los bordes y pase la mirada lentamente por todo el horizonte. Pero mi buen amigo, temiendo por mí, cogióme por el brazo y dirigió mis pasos al extremo Nordeste, donde con mayor seguridad y más descansadamente se descubre grandioso y encantador panorama.

¡Cuántos hechos históricos se habrán realizado á la vista de aquella punta culminante! Ella ha presenciado las vicisitudes porque han pasado los muros de la antigua *Ripa curtia*; ella habrá visto la construcción, los detalles y, bastantes años después, el abandono y lenta reforma y destrucción de aquellas torres de las que no han quedado más que cimientos, y desde donde, según las crónicas, defendieron heroicamente un puñado de valientes contra ejércitos musulmanes en las escaramuzas de estas montañas á su *Muy noble y antigua Villa de Gradus* ó *Grados*, como llamóse más tarde y se expresó en su escudo, para conver-

tirse en *Graus* la Graus moderna, que apenas conserva vestigios de las pasadas épocas.

—Más de cien veces, decía entusiasmado mi compañero, he visitado este observatorio; muchas veces, de pequeño, recuerdo haber trepado por ese, el único paredon, que del *mur-alt* nos queda ahí, al S. de la peña; muchas veces he subido á contemplar desde allí indescriptible espectáculo y sin embargo nunca me cansa, y me extasio mirando desde aquí, ya que me es imposible encaramarme, lo que de lo alto del muro, ya próximo á derribarse, contemplaba de rapaz.

Nuestra vista no alcanzaba, ni con los gemelos de campo los confines de aquellos indefinidos vaporosos y azulados horizontes que se confundían paralelos y repetidos con el color del cielo, en las abras de colinas y montañas. ¡Qué accidentes en el terreno y qué variedad de tonos en los colores de abundantísima vegetación! El espectáculo que presentaban á nuestra vista aquel sin número de polígonos de distintas formas y matices; el conjunto de amenas huertas, fértiles campos y frondosos y abundantes árboles finales era bellísimo sobre toda ponderación, facilitando tanta amenidad y riqueza la abundancia de riegos que se ramifican del Esera y del Isábena, dos ríos que vienen á unirse formando una Y perfectamente simétrica frente á la Peña, para completar la composición artística del cuadro.

No sucedía así al lado opuesto. Veíanse los desconsolados trazos que ofrecían vastos terrenos, donde apenas se notaban los viñedos, improductivos hace más de ocho años por epidemias y frecuentes granizadas.

Largo rato estuvimos hablando sobre las causas principales de la miseria por que atraviesa esta comarca, y finalmente, desechamos ideas tristes, engolfándonos de nuevo en los encantos del paisaje opuesto.

—¿Ve usted aquella montaña nevada de la derecha del monte Turbon. allá lejos? decía mi compañero, pues aquello es ya Francia.

No muy lejos de allí tienen origen los dos ríos que desde lo alto veíamos revolverse como serpientes que reflejan en sus escamas de bruñida plata el matiz uniforme del espacio, aumentando al parecer poco á poco su cauce, al acercarse con ese armonioso é imponente estrépito del rodar de las aguas á través de un dedalo de montículos, pinares y rocas.

El principal es el ya citado Esera; el río eterno cuyo vibrante cristal jamás ha desaparecido, ni aun en la célebre sequía que duró siete años; muy abundante en remansos (*horgas*) y pozos, entre los cuales el más notable es el *ojo del mar*, hacia el Sudeste, de profundidad incógnita.

RAMIRO RÓS.

(Se continuará)

HUESCA

Tip. Blasco y Andrés á cargo de F. Delgado